

Lou Bennett, gran jefe blues

Javier de Cambra

El Urogallo, nº 94, marzo de 1994, ps. 52-55

Fueron los aficionados franceses quienes le concedieron el sobrenombre de «el brujo», pero para mí, y sin desconocer sus capacidades mágicas, taumatúrgicas y de encantamiento, siempre apareció como rey del poblado, gran jefe de la nación de los blues. Su porte y sus sombreros, la regia majestad de su generosidad, la carcajada franca y abierta cuando el blues es alegre y la tristeza oculta cuando los tiempos golpean: Lou Bennett ha sido para muchos de nosotros —y vale la pena repetirlo— primera y no errada imagen del jazz. Una imagen de humo e improvisación, el whisky que baila sobre el Hammond y la ceja que al cielo apunta para poner tilde sobre una *blue note*, las manos que propulsan el *attacco* y el gruñido que acentúa los acentos del blues. La imagen tenía (y tiene) un sonido, el exacto sonido de los blues, del jazz-funk de los 50 (que no el posterior) y las baladas para recordar que en la tempestad no hay nada más bello y sereno que el momento después. Una sesión, en club, de Lou Bennett ha podido cambiar, hace tantos años ya, a muchos de los que hemos ido a escucharle, quizá dándonos la primera y más necesaria lección: esto es exactamente el jazz.

En los primeros años setenta, Madrid no era precisamente un festival de jazz permanente, no, más bien, no. El jazz era discos que alguien traía de Londres y de París, las maravillas que entonces editaba entre nosotros Hispavox y posibilidades más bien escasas de escuchar esta música en directo. Así, podíamos tener a Pedro Iturralde en el Whisky Jazz y a Vlady Bas en el Balboa, y de vez en cuando a Tete Montoliu, con el gran David Thomas y el maestro Régoli [sic], y todo resultaba cada vez mejor y más interesante, ya se ve que esto es estupendo, per faltaba la conexión inmediata, el vínculo espontáneo, la convicción de que verdaderamente estás ante algo irrefutablemente diferente, distinto, hasta llegar al enrolamiento, convertirte en uno de esos locos del jazz que jamás desaparecerá de tus noches. Para muchos de nosotros, y lo sé por el conocimiento de un buen número de primeras líneas del jazz en muy diversas ciudades españolas, Lou Bennett fue el heraldo de ese llamamiento, de esa llamada al oído, a la inteligencia, al corazón y también a la noche: el mundo del jazz.

Solía recordar Ricardo Cid Cañaveral que Walter Benjamin postulaba que quien escribe sólo debe estampar la palabra yo, después de veinte años de escritura sin haberlo hecho. Así he podido cumplirlo y ya son más de veinte los años que han pasado desde mi primer encuentro con la música de Lou Bennett, la excitación de los primeros gallardetes clavados en la madrugada, el espacio único del club de jazz y la felicidad colmada de una sesión en directo en terreno apenas recién hollado. Pero ¿qué encontrábamos? Tal vez, primero, la naturalidad con que surge su música, la capacidad de atrapamiento del blues, un lenguaje con el que un joven de 17 años en 1972 podía estar [53: retrato fotográfico de Lou Bennett] [54] más familiarizado (y hasta practicarlo malamente en su guitarra); segundo, el alcance expresivo, de comunicación, hasta en la gestualidad, de cuanto Bennett hace; y tercero, ni más ni menos que la fuerza de la autenticidad: se recuerde o no, Lou Bennett ha estado presente en momentos capitales de la historia del jazz en dos continentes y, entre nosotros, ha sido el máximo precipitador de vocaciones tanto entre los aficionados como entre los músicos de jazz. Entretanto, Lord Bennett ha sido el artista capaz de descubrir en sí mismo al artesano que construye sus propios instrumentos, el hombre que siempre en gira ha descargado con sus propios brazos su panoplia instrumental, el músico maduro y curtido que ha sabido alentar a los jóvenes valores, a los que no ha dudado en incorporar a su banda. Seguramente, en otro país, Lou Bennett hubiera sido objeto de varios homenajes nacionales (aquí, tan sólo el San Juan Evangelista le rindió tributo en su 65 cumpleaños) y los escolares sabrían su nombre y podrían tararear *Amen* o *Lefty Foot*. No es el caso. Si nada sucede en el reconocimiento oficial, los aficionados y aficionadas españoles tienen por siempre unido el nombre de Lou Bennett a la propia aventura en el mundo del jazz. Y la actividad de Bennett no ha dejado de tener un cierto carácter ejemplarizante: la carretera y el club, el espacio, próximo, el talante, cercano, la responsabilidad y la calidad del propio trabajo frente a las luces del estrellato del festival.

Nacido en Philadelphia el 18 de mayo de 1926 (siete días antes que Miles Davis), la vida de Lou Bennett está alimentada desde su inicio por la música. Criado en Maryland junto a sus abuelos y sus tías, todos en la familia participaban en el oficio dominical: el abuelo, pastor de la comunidad, la abuela, directora de la coral, las tías, pianistas y voces. Apenas ha cumplido siete años Lou se sienta por primera vez frente a un armonium y cinco años más tarde ya está tocando boogie-woogie en el piano. Pero es en el servicio militar donde definitivamente sus pasos se orientarán hacia la música. En Fort Benning (Georgia) coincide con dos genios de la orquesta de Count Basie y

anunciadores de próximas revoluciones musicales: Lester Young y Papa Joe Jones. En la banda militar, Bennett tocará el triángulo (no había otro instrumento disponible en el momento) y la tuba y en la orquesta de swing que el mismo Fuerte mantiene, se sienta frente al piano. Termina la mili (y las teóricas en las que se explica a gentes como Young, Jones y Bennett, que es bien preciso combatir a los alemanes porque éstos son unos racistas) y Bennett, como pianista, establece su propio trío en la onda del muy triunfal Nat Cole (antes de que se pusiera a cantar *Cachito, cachito mío*). Bennett no se siente muy seguro en el piano, no piensa en la profesionalidad, hasta que en una noche de 1949 acude, en Atlantic City, a una sesión de Wild Bill Davidson¹: ¡Ha encontrado su instrumento! Compra su primer órgano Hammond y la identificación es inmediata. También el trabajo, diez, doce horas diarias de práctica (bueno sería que lo recordaran la mayoría de los músicos locales) y un objetivo preciso: «Mi empeño era hacer que los trucos del órgano pudieran ser verdades». Es entonces cuando desarrolla su propia y única técnica: si los organistas del momento, con Jimmy Smith a la cabeza, marcan la línea de bajo con la mano izquierda, Bennett reposará esta tarea en su pie izquierdo. Desmonta los pedales de su órgano y frente a un espejo consigue que uno de sus pies sea el responsable del imprescindible latido del bajo. Hoy siguen admirándole los propios contrabajistas.

Bennett expande su acción en los circuitos de los estados hasta que llega a Nueva York y no precisamente a cualquier sitio: el Minton's Playhouse, sede junto al Monroe's Uptown, de lo que unos años atrás había sido la revolución bop. Al frente del Minton's seguía el antiguo músico Teddy Hill, alguien que, como tantos, confió en Lou Bennett. «Creo que Teddy Hill se dio cuenta de que yo estaba intentando hacer algo más que ritmo, [55] ruido y humo». Muchos más advirtieron este extremo y fueron André Philippachi² y Babs Gonzales quienes le propusieron una estancia de tres meses en el club Blue Note de París. Bennett acude y pasa a formar parte de la sección rítmica de la casa junto al baterista Kenny Clarke, uno de los verdaderamente grandes, y el guitarrista Jimmy Gourley. Corría el año de gracia de 1961 y desde entonces no ha abandonado el refugio europeo, para suerte e instrucción de este lado del Atlántico. El trío resulta una auténtica bomba y con su primer disco, *Amen*, consigue el número 1 en las listas de éxitos de toda Europa.

¹ Wild Bill Davison fue un cornetista de estilo tradicional. El autor se refiere sin duda al organista Wild Bill Davis (1918-1995) (nota de Jorge García).

² Quiere decir Daniel Filipacchi, editor y aficionado al jazz que organizó giras de músicos estadounidenses y fue productor discográfico (nota de Jorge García).

No ha pasado un año —estamos en mayo de 1962— cuando comparece por primera vez en España, en el club Jamboree de Barcelona, hoy felizmente reabierto. Desde entonces, Bennett ha pasado tanto tiempo a uno y otro lado de los Pirineos y durante más de treinta años ha significado para muchos de nosotros esa precisa y real imagen y sonido del jazz.

En los últimos años, Lou Bennett, y aún no habiendo sido objeto del reconocimiento que el avance del jazz en nuestro país permitía, ha vuelto con toda fuerza a los clubes españoles. Junto a Carlos González, a quien Bennett ha otorgado el título de sir Charles, llama a su trío al saxo tenor y soprano, de Texas, Abdu Salim. Con ellos vuelve a recorrer España y cada noche, en cada club, nacen y se reafirman aficiones al jazz. Y entre su actividad en estos años también hay una vuelta al trabajo discográfico, con un compact grabado en directo en Barcelona, en La Boite, con Abdu Salim, el guitarrista Ximo Tébar y el baterista Idris Muhammad: *Now bear my meaning* (Mas i Mas Records).

Y también en los últimos años he podido tener la oportunidad —no desperdiciada— de acceder a un trato cada vez más cercano con el maestro. Con él he celebrado su cumpleaños en El Corriño de Salamanca, su plaza habitual para la fecha, he ayudado a descargar el utillaje instrumental y sus complementos, he salido de Madrid a las tres de la mañana, después de actuación en club, con destino a su residencia en Cambrils, celebrado el aniversario del Georgia, en Almería (también hoy felizmente reabierto), sorprendido en más de una actuación en Barcelona y en La Mancha... Y en cada vuelta del camino sólo he encontrado la generosidad y la grandeza de Lou. También para la risa, la carcajada y la celebración, también para la tristeza, para el alma tantas veces dolorosa de los blues. También para cuando la vida es vacío absoluto, «la sabiduría sólo el conocimiento de secretos muertos», en el verso de Eliot.

Actualmente, puedo anunciar, y bueno es hacerlo en estas páginas, que estamos trabajando en el texto de su autobiografía, el trazado de una vida que nos trae certezas y bien próximas enseñanzas. Espero que pronto pueda estar al abasto de los lectores un texto cuyas primeras líneas son: «Yo no fui niño mucho tiempo. Me acuerdo que...».

Para honra de la comunidad jazzística, Lou Bennett ha pasado a formar parte de nosotros mismos. El campeón, el brujo, el guarrísimo contador de chistes, nuestro gran jefe de los blues y el jazz, el maestro Lou Bennett.